

Ma. Teresa Quiróz

La ciudadanía en tiempos autoritarios

Decana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la
Universidad de Lima.
E-mail: tquiroz@correo.ulima.edu.pe

diálogos
de la comunicación

● Ma. Teresa Quiróz

«El tiempo para la construcción de partidos políticos es de una polis democrática es más largo que el de una coyuntura...»¹

Las circunstancias que hoy vivimos nos conducen a desarrollar respuestas y compromisos que a veces parecieran agotarse en las coyunturas de urgencia que conmueven a muchos países latinoamericanos como el mío. Pero son, al mismo tiempo, una oportunidad privilegiada para proponernos una re-

flexión que, atendiendo a las particularidades de los conflictos internos de nuestras naciones, ofrezca puntos de vista que nos atañen a todos y que permiten pensar en el futuro colectivo de nuestras sociedades. Es mi propósito mirar los temas de la ciudadanía y de la democracia teniendo como telón de fondo los hechos acontecidos en el Perú estos años y las dificultades que entrañan la falta de confianza, el miedo, la desorganización y los intereses que amenazan la expresión independiente, solidaria y afirmativa de los ciudadanos.

1. La construcción de la democracia y de la ciudadanía en un contexto de globalización

Alain Touraine, al inicio de su libro *¿Qué es la Democracia?*, sostiene que la modernidad, cuya forma económica es la economía de mercado y cuya expresión cultural es la secularización, tiene en la democracia su aspecto político. Sin embargo -añade- un sistema abierto, político o económico, es una condición necesaria pero no suficiente de la democracia. La disminución de la participación política se expresa en una crisis de la representación política y está vinculada a una conciencia de ciudadanía debilitada, ya sea porque muchos individuos se sienten más consumidores que ciudadanos y más cosmopolitas que nacionales, ya porque, al contrario, cierto número de ellos se sienten

marginados o excluidos de una sociedad en la cual no sienten que participan, por razones económicas, políticas, étnicas o culturales. La democracia así debilitada, puede ser destruida, ya sea desde arriba, por un poder autoritario, ya desde abajo, por el caos, la violencia y la guerra civil².

Partiré por definir a la ciudadanía como el ejercicio de la participación en la vida pública y el derecho y el deber de todo ciudadano a intervenir en el destino colectivo de su nación. La sociedad en su conjunto, y la ciudad como el espacio de vida de las personas, resulta el lugar que articula al individuo con el Estado. Si, en primer lugar, asociamos la ciudadanía a los derechos humanos, como lo afirma Manuel Antonio Garretón, esto supone varias cosas: la demanda por la intervención y la protección estatal de los ciudadanos; una democracia política que suponga una distribución equitativa de oportunidades; y no sólo una extensión de condiciones de vida, sino una calidad en dichas condiciones, que además de lo económico y social afirme la expansión de la subjetividad individual y colectiva³.

La recuperación de una vigorosa idea participativa de ciudadanía no debiera tener como precio el sacrificio de la libertad individual, ni ésta tiene que ser un factor de debilitamiento de la ciudadanía. Es decisivo para un proyecto

político democrático abordar el problema relativo al tipo de comunidad política adecuado que articule los derechos del individuo y su participación política. Pero es ésta, precisamente, la tensión entre libertad e igualdad que caracteriza a la democracia moderna. Combinando el ideal de derechos y pluralismo con las ideas de inspiración pública y preocupación ético-política, una nueva concepción democrática de ciudadanía podría restaurar la dignidad a lo político y proporcionar el vehículo de la construcción de la democracia⁴.

El concepto de ciudadanía se ha venido transformando necesariamente como producto de los cambios en el concepto clásico de desarrollo. La idea de la centralidad del poder requiere repensarse como consecuencia del estallido del espacio territorial, de una economía globalizada que hace emerger otros espacios como las comunicaciones y el ámbito regional, así como también las relaciones de género, los problemas juveniles y ambientales. Se expande no solamente la economía y la cultura, sino que el horizonte valórico y normativo de la ciudadanía se amplía. Ante estas evidentes situaciones no se han construido, sin embargo, las nuevas formas, organizaciones o instituciones a través de las cuales los ciudadanos ejerciten y realicen su participación. Si las instituciones tradicionales entraron en crisis, es decir los partidos, los congresos, los

sindicatos, no han surgido todavía otros niveles efectivos a través de los cuales las personas se sientan representadas y puedan ejercer su intervención⁵.

En ese sentido, el ejercicio de la participación social se debilita por múltiples razones, no sólo de orden interno. La globalización limita la acción de los tradicionales actores políticos, en particular la de los Estados nacionales, de los partidos y movimientos sociales, lo cual plantea la pregunta difícil de resolver: ¿en tiempos de globalización económica podemos seguir creyendo en democracias nacionales, en decisiones autónomas de los gobiernos nacionales y en conductas ciudadanas locales?

Es pertinente recordar que años atrás, en los 80', América Latina vivió las llamadas transiciones democráticas, de dictaduras militares o regímenes autoritarios a democráticos. Ello marcó la coyuntura política, pero también la subjetividad de los ciudadanos latinoamericanos que celebraron la vuelta a la democracia. Hoy asistimos a procesos políticos con características diferentes. Aparecen entre nosotros regímenes con una apariencia democrática formal, es decir que pese a que se mantienen las formalidades internas se producen nuevas olas de autoritarismo, que nos conducen a pensar en que el tema de la lucha por la democracia sigue vigente y pasa por la necesidad de cam-

bios importantes. En algunos casos puede requerirse de una profundización de los mecanismos democráticos; en otros, el asunto de la calidad de la democracia será el tema de este siglo. La calidad de la democracia está relacionada con el fenómeno de expansión de la ciudadanía, tanto con la participación, representación y satisfacción de los ciudadanos en la toma de decisiones a niveles locales y regionales, como de la conducción.

En este contexto de olas autoritarias -cuya extensión guarda relación con el debilitamiento de la acción colectiva y de los movimientos sociales- la llamada sociedad civil se ha debilitado, ha dejado de ser la multiplicidad y variedad de organizaciones de la sociedad de acuerdo a espacios e intereses, y se ha transformado en resultados de encuestas y en medios masivos que intentan representarla y sustituirla. Se fragmentan los grupos y los actores sociales del pasado desaparecen. Los partidos han dejado de representar el sentir de las personas, y -lo más grave- al perder credibilidad, las personas pierden sus creencias en los movimientos y en la acción colectiva.

Las formas de ciudadanía que están por construirse guardarán estrecha relación con el tipo de sociedad y de comunidad política que se quiere. Es por ello que resulta más preciso hablar de identidades de ciudadanos -tanto al inte-

rior de un mismo país como de América Latina- porque la pluralidad política y la diversidad cultural nos obliga a la convivencia de diversas expresiones que garanticen tanto la libertad individual como el bien común.

2. Los tiempos de la política en el Perú

Los acontecimientos políticos que se viven en el Perú a propósito y como consecuencia de las dos vueltas electorales nos indican que vivimos tiempos distintos que suponen cambios en las relaciones sociales y políticas en la sociedad. Si bien los actores -los ciudadanos organizados o no con voluntad de participar en el espacio político- contribuyen a la definición del tiempo, no son los únicos que definen un tiempo político. Éste guarda relación con la tradición, la cultura, la historia reciente y de largo plazo, el contexto internacional, las leyes y el estado general de la sociedad. No basta la voluntad de los actores, ya que hay fenómenos políticos que no se pueden producir a voluntad⁶.

Hagamos un poco de memoria. Después de doce años de gobierno militar, en 1979 se inició un proceso de transición democrático. Sostiene la peruana Catalina Romero que «habíamos caminado hacia lo que Robert Dahl llama una sociedad poliárquica: moderna culturalmente, dinámica en términos económicos, y

plural, social y políticamente donde el poder está más disperso entre los distintos sectores de la sociedad. Se había incluido a grandes sectores de peruanos que habían estado marginados secularmente de la sociedad civil oficial, criolla y occidental que hasta mediados del siglo veinte vivió de espaldas a las provincias y a los que allí vivían»⁷. A partir de los 80' el Estado peruano se consolidó y se extendió, y adquirió una mayor importancia. Al mismo tiempo se multiplicaron las organizaciones sociales de carácter voluntario de todo tipo, que buscaban atender los problemas de la sobrevivencia y la calidad de vida. A esto se suma la formación de una conciencia de derechos y de justicia propia de una naciente ciudadanía.

Sin embargo, los tradicionales partidos en el Perú, que nacieron como partidos antioligárquicos, se mostraron escasamente permeables a los cambios sociales y culturales de los años 70', limitaciones que fueron evidentes en los 80'. «La política no podía hacerse en base a relaciones personales, de clientelaje y 'familismo'. El Estado no podía reducirse para responder a una sociedad civil que incluía y representaba a 30% de la población urbana, ilustrada y propietaria como había sido el Perú hasta mediados del siglo XX, sino que debía atender a una sociedad incluyente de sus ciudadanos, multiétnica, móvil social y geográficamente, con ciuda-

danos urbanos, educados y con nuevas aspiraciones de progreso. Las izquierdas, conocedoras del nuevo país, de los nuevos ciudadanos y de sus capacidades, no sabían hacer política pública pero intentaban transformar sus visiones clasistas y corporativas en propuestas universales que se plasmaron al alcanzar la alcaldía de Lima en 1983: *una Lima para todo, un Perú para todos*⁸.

En 1980 se inicia en el Perú un tiempo político complejo y también paradójico: se recupera la institucionalidad democrática, pero la violencia terrorista de Sendero Luminoso que se extenderá por más de una década producirá diversas fracturas profundas en la sociedad. La experiencia de ciudades sitiadas y vidas amenazadas, así como un espacio público casi inexistente marcaron la vida cotidiana. Los jóvenes, directamente afectados por la violencia, verán con gran simpatía -durante los primeros cinco años de los 90'- las acciones del gobierno del presidente Fujimori, porque restituían la tranquilidad y el orden, aspectos tan o más importantes que la propia vida económica y el empleo. La crisis de los partidos políticos se extendió en los 90' dejando estos de encarnar el vínculo entre los ciudadanos y el Estado, la expresión orgánica de los intereses de diferentes sectores de la sociedad y la posibilidad de conducir a la población hacia objetivos de mejora social.

Aparecerán más bien organizaciones de bajo tono ideológico, independientes y sin tradición, que buscarán el apoyo popular, y los medios de comunicación masiva ocuparán un lugar privilegiado en la transmisión de información y en la representación de ciertos intereses de los sectores con necesidades sociales urgentes.

Cabe mencionar también que la crisis de los partidos políticos antes mencionada y el consiguiente período efectivo de estabilización, crecimiento y modernización del consumo en la década de los 90' producen un cambio social y una fragmentación del ingreso que hacen -en palabras de Martín Hopenhayn- que se produzca una globalización de los sueños y aspiraciones, pero una fragmentación en las posibilidades del consumo. «Por ningún lado asoma ahora esa síntesis que se esperaba obtener de la modernización clásica: síntesis entre integración material (vía distributiva de los beneficios del crecimiento) e integración simbólica (por vía de la política, los *mass media* y de la educación). Asistimos más bien a una caricatura, con un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional, y una concentración creciente de los beneficios económicos de la apertura externa en pocas manos. Para los demás, las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo»⁹.

3. Elecciones 2000: se enfrentan dos formas de comunicación ciudadana

Durante el proceso electoral peruano se produjo una diversidad de identificaciones simbólicas y diferencias étnicas, que tendieron a agruparse en distintas ubicaciones con respecto a lo que es la comunicación ciudadana. Estos distintos repertorios de consumo simbólico se diferenciaron en dos formas de comunicación ciudadana: aquella encabezada por el presidente-candidato Alberto Fujimori y por otro lado la del candidato opositor Alejandro Toledo. Sin embargo, la polarización no recubrió sólo a dos candidatos rivales, sino a dos formas de comunicación que corresponden a dos variantes de las culturas políticas en un país en crisis como el Perú.

De una parte, un muy extenso número de ciudadanos, a quienes podríamos llamar «rehenes de la necesidad», y que corresponde a la parte más descompuesta del tejido social en el país, con dificultades en este momento para recuperar de manera provechosa la memoria histórica, e incapaz de trazarse un horizonte moderno de proyecto social autónomo. No hay que olvidar que esto ocurre en el tiempo, a lo largo de una dinámica de formación de ciudadanía social que rebasa la coyuntura electoral.

Las organizaciones populares se habían organizado de ma-

nera autónoma conformando un vasto tejido social a través de la creación de asociaciones vecinales y comedores populares. A ello se suma el sector informal que desde los años 70' desarrolló una economía microempresarial que se instituyó como una alternativa de modernidad frente a las carencias de las clases dirigentes peruanas y del Estado para satisfacer las ilusiones de una vida mejor de los sectores migrantes que llegaban a las ciudades. Fue el esfuerzo propio y colectivo lo que les permitió acceder a la ciudad y alcanzar un reconocimiento social.

Sin embargo, ni el trabajo esforzado y las diversas formas de trabajo familiar y solidario, ni la educación y el «mito del progreso» que despierta, lograron una plena incorporación a la economía urbano-industrial. Las expectativas de la población migrante en la ciudad de Lima se verían lenta y constantemente frustradas, los movimientos sociales y las organizaciones sindicales sufrirán el empuje de la crisis económica, imponiéndose lentamente la lógica de la competitividad y el pragmatismo, propia además del pensamiento y la práctica del gobierno de Alberto Fujimori. Obstruida frente al pasado y al futuro, un 50% de la población ha sido clientelizada por el gobierno, a lo largo de diez años, a través de la entrega de alimentos y donaciones básicas, ofrecimientos de vivienda y formularios para adquirir terrenos

a través de distintas modalidades creadas por el Estado para asistir a los más necesitados, los vasos de leche del desayuno escolar y tantas promesas como la de los futuros almuerzos, todo lo cual nos habla de formas de relación que configuran un tipo de comunicación ciudadana, producto del hambre y la pobreza. El entorno significativo: los canales de señal abierta, los llamados *talk shows* o *reality shows*, (como el de Laura Bozzo) orientados directamente a estos sectores de la población y a propagandizar las obras del Estado. A esto se suma la prensa amarilla, también llamada prensa chicha, receptiva a un discurso teñido de «guerra sucia» y sobre todo de una cultura política popular autoritaria.

Así se comenta desde la prensa internacional: «Conocida comúnmente como *Perú 2000*, esta máquina ha establecido líneas corporativistas, trabajando en pueblos jóvenes y entre campesinos y pequeños negocios. En la periferia más distante de Lima, líderes comunitarios que fueron independientes alguna vez han sido ganados con la oferta de trabajos pagados, distribuyendo ayuda alimentaria del gobierno a cambio del apoyo a la causa de Fujimori»¹⁰.

La situación de pobreza ha llegado a tal nivel que el director del Instituto Nacional de Estadística (INEI) ha tenido que admitir que el 38% de

los hogares peruanos consumen alimentos donados por el gobierno, cifra que alcanza el 60% en los departamentos más pobres de la sierra. Se trata de peruanos cuya alimentación diaria depende directamente del Programa Nacional de Apoyo Alimentario (PRONAA). A esto se suma que en términos netos, en la década del 90 no se habría generado ni un solo puesto de trabajo estable y con remuneración adecuada. Se crea entonces una relación perversa: como las políticas de libre mercado no pueden hacerse cargo del 50% de la población que está en situación de pobreza, es el Estado quien, a través de los programas sociales, se ocupa de satisfacer sus necesidades. Se configuran así relaciones sociales que se basan en las donaciones, el clientelismo y una maquinaria política que se dedica a administrar la pobreza. Así se satisface todo aquello que no puede proveer el neo-liberalismo¹¹.

Es por ello que la investigación social tiene que ir más allá de la política para encontrar las raíces del autoritarismo, el cual está en la vida cotidiana, en casi cualquier otro tipo de relación social -vale decir, en quienes mandan como en el aliento y el consentimiento tácito o expreso que recibe de quienes lo padecen. Pese a ser un fenómeno atribuido generalmente a los aparatos del Estado, en un nivel profundo la colectividad está inevitablemente involucrada en él.

A pesar de estas condiciones, durante el proceso electoral, las masas han salido a las calles a expresar su voz, y después de más de una década, al cerrarse la televisión de señal abierta, la plaza pública se llenó de personas con vocación de participación. ¿Por qué el gobierno ha mostrado tanto temor y ejercido tanto control sobre los medios y en particular sobre la televisión? Es que el pánico del gobierno es no poder controlar la lectura abierta de las imágenes. Por ello la estrategia comunicativa se concentró en «acarrear» a las madres de comedores populares, entregarles regalos y trasladarlas a los mítines y al ritmo de la tecnocumbia, corear ordenadamente «chino, chino, chino». Se trata de movimientos corporativos, que inhiben el sentido libre de la ciudadanía. A estas alturas era evidente que las expresiones de la comunicación popular de los 80' y sus formas de organización habían sido absorbidas y cooptadas por el Estado autoritario.

Del otro lado se han puesto de manifiesto formas de comunicación ciudadana más avanzadas que podrían ser caracterizadas, porque en promedio corresponden a gente con un mayor nivel de información, con acceso a una oferta mediática más variada (TV por cable, Internet), aunque también forman parte de ella diversos sectores críticos, afectados por la recesión producto de la política económica y la falta de

empleo. Pero que, desde el punto de vista sociológico y de la vivencia del sentido de la acción social, pone de manifiesto algo diferente, algo que está más acá de la cuestión económica. Se trata de la autonomía del sujeto cultural, de un margen mínimo de libertad interior que le permite al ciudadano ser enunciador de su propio discurso y plantearse un horizonte. Es decir, ser un actor social.

Estamos en una situación en la cual revive el interés por el sistema político y sus instituciones, que se expresa en un nuevo estado de ánimo de la ciudadanía en la cual el temperamento ético toma sentido. Es por ello que en la esfera de los sentimientos públicos el fujimorismo ha sido derrotado. El proceso que se abre en la primera vuelta y las renovadas esperanzas de grandes sectores de la ciudadanía son el producto de la acción decidida e imaginativa de los ciudadanos efectivos y autónomos. Hasta el mes de febrero de este año no solamente los militares peruanos y Alberto Fujimori creían segura su inconstitucional reelección, sino que así lo pensaba la oposición y la población en general. «Pero desde marzo todo cambió. Los ciudadanos activos y autónomos inventaron un candidato en un mes, enmendando a la oposición que no había logrado forjar la unidad. También reinventaron la calle y la plaza pública dejando atrás la videopolítica y el bloqueo informativo de la televi-

sión al servicio del gobierno. Más aún, encontraron en la imagen de un cholo exitoso al candidato que podía articular a las clases medias y populares, superando el aislamiento de los candidatos de la oposición, casi todos ellos de la clase media, y enfrentando a la coalición fujimorista integrada por los muy ricos y los muy pobres. Los ciudadanos efectivos y los medios autónomos de la esfera pública lograron, pues, derrotar el andamiaje fraudulento de la primera vuelta con el apoyo de los gobiernos democráticos del mundo, pero no pudieron hacer lo mismo en la segunda vuelta (...) El partido de fondo parece librarse entre los ciudadanos movilizados, especialmente los jóvenes, la esfera pública y la sociedad civil autónomas, y las fuerzas armadas y policiales...»¹².

Hoy en el Perú, el drama de la cultura está en la opción entre estas formas de cultura política de la crisis y del sentido de la acción social ciudadana, cargadas de pasión, pero además con un importante componente de miedo. Por eso la lucha se hace dramática y altamente motivada. Los estudiantes son una expresión de esta frescura de quienes más allá de la opción política por un candidato reclaman el derecho a ser parte activa del Perú. Es en periodos como éste donde surgen las grandes creaciones, así como los grandes nubarrones de racismo, del fundamentalismo clasista, re-

ligioso, y de los grandes prejuicios. Es por ello que éste es un momento muy importante en la historia cultural del Perú, porque se enfrentan posturas y alternativas cuya resolución será recordada más adelante como una situación que generó y definió cambios.

Una breve mención a la llamada Marcha de los Cuatro Suyos, marcha que fue convocada por Alejandro Toledo después de la segunda vuelta electoral y a la cual se sumaron los diferentes partidos, organizaciones gremiales, estudiantiles y municipales, además de ciudadanos independientes del país. Marcharon y se trasladaron de todas partes del país jóvenes y viejos, trabajadores, desocupados, padres y madres con sus hijos, y, pese a las terribles dificultades que impusieron las autoridades, el día 27 de julio se produjo una participación multipartidaria y pluriclasista. Al día siguiente, fecha en la que debía producirse la auto-transmisión de mando del presidente Fujimori, se vivió una jornada lamentable y opuesta a la anterior, en la cual se perdieron vidas humanas.

**A modo de testimonio:
«Con olor a naranjas». Una
jornada de acercamiento a
la democracia¹³**

Un cálculo discreto podría llevarnos a decir que hubo unas 100 mil personas. Pero la cifra

sola no fue lo más importante, sino la cantidad de núcleos o grupos de personas que llegaron ayer a reunirse delante de la Plaza Grau, el Palacio de Justicia y el Hotel Sheraton. Los diarios señalan que hubo hasta 200 mil personas. Posiblemente todos nos sorprendíamos de ver a tantos otros desconocidos peruanos: los jóvenes veían a los mayores, los mayores a los adultos mayores, los capitalinos a los provincianos y viceversa, y hasta hubo señoras en sillas de ruedas y una viejita que acompañaba a un ciego. La tarde del jueves uno podía ver a personas con las cuales nunca se cruzaría en un día cotidiano. Las sonrisas han escaseado en los últimos meses en Lima (y quizá en el Perú) ante tantas irregularidades y tantas muestras de descrédito de la política y deterioro de la situación del país. No se aplauden ni triunfos del fútbol ni avances en la conducción del Perú. Sin embargo, la tarde de ayer los peruanos nos aplaudíamos entre nosotros cuando veíamos que llegaba una delegación más al punto de concentración o cuando a alguien se le ocurría un buen lema que corear. Los más aplaudidos definitivamente eran los grupos que llegaban de provincias. Otro punto sorprendente fue la organización. Los chalecos amarillos de los defensores de derechos humanos aseguraban que se pudiera denunciar casos de agresión injustificada. Había médicos en los tambos y hasta una red de abogados de chalecos celestes cuya presencia daba algo de tranquilidad a quienes iban a una marcha después de más de veinte años (...) La organización también fue muy

clara en la manera de acomodarse para iniciar los desplazamientos. En el escalón Collasuyo, que se concentró previamente al frente del cine Roma, primero salieron todos los grupos de estudiantes de universidades estatales y particulares. Antes de salir, algunos de los organizadores de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos nos dieron panes y plátanos “para que les den a los que han venido del campo”. Los estudiantes de la Católica, en cambio, llevaban o banderolas celestes o naranjas en las manos. El grupo Juventud Popular y la Federación de Estudiantes del Perú también participaron en este sector. Entre los colectivos civiles que también partieron del punto mencionado estuvieron Egresados por la Democracia (PUCP), Médicos por la Democracia, La Resistencia, Colectivo Sociedad Civil, Aprodeh, Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, Ceapaz, Movimiento Amplio de Mujeres, Mujeres por la Democracia, Lesbianas por la Democracia, Movimiento Cívico Evangelistas por la Democracia, Oposición en Internet, entre muchos otros. Chapas y cartelones que decían “Democracia Ya” fueron los más requeridos.

Decía hace un momento que los peruanos nos hemos pasado varios meses con pocos motivos públicos para sonreír. Ayer, el hecho de vernos a miles en una misma actitud de defensa de ciertos principios y de respaldarnos entre todos, animaba y producía grandes sonrisas, aunque sea momentáneas. El temor a la represión quedó diluido. Las fuerzas de seguridad dejaron

pasar a todos los grupos que llegaron al Paseo de La República. Todo se mantuvo en una gran calma a la que ya nos habituamos hasta la noche.

“Un pueblo con cultura no acepta dictadura”, “Democracia sí, dictadura no”, “Poronponpón, el que no salta es un chino maricón”, “Aquí, allá, el miedo se acabó”, “El pueblo uniformado también es explotado”, “Pueblo, escucha, únete a la lucha”, “Resistencia civil”, “El pueblo ya lo sabe, sin lucha no hay victoria”, fueron algunos de los lemas coreados en el Escalón Collasuyo (...) Una vez que las delegaciones llegaban al Paseo de La República, nos ubicábamos rápidamente con un orden ‘desconcertante’, todo estaba muy bien previsto, no hubo momentos de titubeo. Los grupos se ubicaron alrededor del Paseo de los Héroes y lentamente iban desfilando por delante del estrado que mantenía una pantalla gigante. Los grupos, una vez llegados al punto de la gran concentración, esperaban por lo menos una hora o dos para poder desfilarse por delante del estrado. Las escalinatas del Palacio de Justicia estaban repletas de personas sentadas portando cartelones. Entre ellos se leía “Prefiero morir parado que vivir de rodillas”, “El voto es un derecho, no se compra ni se vende”, “El producto BRUTO del país crece: democracia, educación y cultura a la basura”, “Por un país con dignidad”, “Tránsfugas traidores, burla de elecciones”, “¿Dónde están la honestidad, tecnología y trabajo?” (lema de la primera campaña de Fujimori), “Necesitamos trabajo, Hambre 2000”, “Con

fuerza y unidad derrotemos al dictador... ¿o te sobra la plata?”. A las 6:40 pm. todos los manifestantes cantamos el Himno Nacional. Luego siguió el desfile de los grupos. Cientos de personas “sin grupo”, estaban cerca, en los lados, aplaudiendo, gritando, apoyando, así como otros lo hacían desde más temprano desde sus puertas, ventanas, techos o balcones, agitando polos rojos o blancos o banderas. (...) Cerca de las 9:30 pm. los representantes de los movimientos políticos de la oposición subieron al estrado y señalaron que se había formado un Frente Democrático que trabajará para restaurar la institucionalidad. Cerca de las 10 pm. una niña de 12 años protagonizó el Gran Juramento por la Democracia. Una voz sólida y dulce a la vez pedía a los peruanos jurar que lucharían por lograr la democracia “y si así lo hiciéreis, que vuestra conciencia os premie, si no, que ella quemee vuestras almas”, concluyó.

La banderola más grande posiblemente la tenía la Universidad San Cristóbal de Huamanga de Ayacucho. Una impresionante tela celeste claro estaba sostenida por las manos de estudiantes y profesores con rostros y cuerpos cansados pero emocionados. Sin dinero, pero protestando por un país con dignidad. A medianoche una gran cantidad de ciudadanos ya se había ido y otros disfrutaban de una verbenas donde se celebraba cada vez que los grupos cantaban un huayno o huaylas. Muchos bailaban para soportar los 13 grados de sensación térmica. Desconocemos si el oficialismo se sentirá presionado por la pre-

sencia de los ciudadanos en las calles. La presión debería posibilitar cambios en su manera de hacer política. Sin embargo, para los ciudadanos la jornada de ayer fue muy importante. Demostró que la sociedad civil se revitaliza, empieza a querer hacerse notar con fuerza, demuestra que quiere libertad, dignidad, trabajo y democracia, y lo ha expresado con miles de cartulinas escritas y con sus pasos y voces. La Marcha de los Cuatro Suyos puede ser una primera etapa en un recorrido largo y complejo para sanear la vida política peruana...»

4. La ola autoritaria peruana y el contexto internacional

Definitivamente, la globalización no sólo está asociada actualmente a la universalización de las economías de mercado y al neoliberalismo, sino además a la democracia y a la defensa de los derechos humanos. Sólo así podemos intentar entender por qué motivos hay tanta expectativa en América Latina y en particular en el Perú con relación al rol de los actores internacionales.

El investigador peruano Aníbal Quijano aprecia que el fujimorismo actual es, en gran medida, el resultado de una transacción de las Fuerzas Armadas peruanas y Fujimori con la OEA, primero en 1992 y después en 1995¹⁴. Sitúa los vaivenes de la política interna del país en directa relación con lo ocurrido a

partir del golpe de Estado del 5 de abril de 1992 dado por el presidente Fujimori y que tuvo como objetivo primordial cumplir con el proyecto político de las Fuerzas Armadas del Perú de establecer un régimen político autoritario que eliminara las instituciones del Estado liberal, entregar al capital privado, sobre todo internacional, el control de los recursos, de la producción y de la distribución de los bienes y servicios del país. La crisis generada por Alan García y la violencia terrorista habían producido tal estado de inseguridad pública que la ciudadanía sacrificó la democracia para liberarse de la hiperinflación y la violencia. Sin embargo, la Asamblea de la OEA en Las Bahamas obligó al Estado peruano a reponer las instituciones democráticas. Ocho años atrás la OEA, dominada por los intereses de la globalización capitalista impulsó un acuerdo que, en palabras de Quijano, fue fraudulento porque se repuso a las instituciones, pero vaciándolas de contenido. Surgió así, con el amparo de la comunidad internacional, un régimen político nuevo en América Latina, una dictadura militar con aparentes instituciones demoliberales. Lo que ocurrió fue la total internacionalización del control sobre la economía del país. A esta situación se sumó la vasta red de control político a través del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN). Desde 1990 se aceleró la desintegración de las estructuras e institucio-

nes sociales; el aparato sindical de los trabajadores y los partidos políticos vieron reducidas y precarizadas sus bases sociales y el clientelaje se extendió.

Este año 2000 las condiciones nacionales y mundiales habían cambiado. Por un lado, el descontento interno era evidente y explícito, la ideología del neoliberalismo había dejado de ser tan atractiva por el desempleo, y la polarización social y económica se extendió en todo el mundo. Asimismo, todo el proceso fue inequívocamente fraudulento, en términos de los criterios internacionales. El Perú tiene las instituciones formales y las apariencias de una democracia, pero no las normas ni la esencia. No pudo, sin embargo, demostrarse ni documentarse el fraude, de modo que el gobierno se refugió en la idea de las irregularidades. Por otra parte, la oposición no inspiraba la suficiente confianza para garantizar la gobernabilidad, la sociedad civil se mostraba débil y la Iglesia Católica había abandonado su vocación de concertación democrática por presión del Arzobispo de Lima.

A nivel internacional se configura una nueva situación producto de las crisis políticas en los países latinoamericanos como Bolivia, Ecuador, Venezuela y especialmente Colombia. Definitivamente, el envío de la Misión de Alto Nivel de la OEA y su representante permanente expresa

una situación diferente y marca un hito en la historia de la OEA. Habría que añadir que ha crecido el aislamiento internacional del régimen, expresado en las opiniones de muchos mandatarios latinoamericanos. Más allá de los reales logros que esta misión pueda alcanzar, se ha propuesto una reestructuración de las instituciones fundamentales, hecho por demás inusual en América Latina.

La prensa extranjera cumplió un rol muy importante contribuyendo a poner en el debate público internacional el problema del Perú. El gobierno de Fujimori se fue aislando de la opinión internacional, desconociendo su importancia y/o mostrándose incapaz de acceder a ella. La prensa extranjera cumplió tres papeles durante las elecciones de abril y mayo de este año: en primer lugar, en los meses previos a los comicios respaldó las posiciones de los observadores internacionales. En segundo lugar, los periodistas cumplieron el rol de «notarios», confirmando las informaciones que difundían ciertos medios locales que eran sistemáticamente desprestigiados por el oficialismo y rescatando de ese modo, para la agenda, todos los temas que sectores de la ciudadanía denunciaban e intentaban ser acallados. Finalmente, los periodistas de las agencias internacionales, los corresponsales y los enviados especiales fueron considerados actores políticos, como testigos autorizados,

para dar fe de los acontecimientos¹⁵.

¿Hasta qué punto la política interna del país se sintoniza con las demandas internacionales? ¿Qué alcances podrá tener la misión de la OEA? ¿Se podrá cumplir con un cronograma solicitado por la oposición y la sociedad civil? La respuesta a estas preguntas ayudará a confirmar si las salidas a la crisis peruana tendrán un signo interno o estarán marcadas por asuntos regionales y de geo-política.

5. Medios, política y ciudadanía

Las elecciones del 2000 son el ejemplo de un momento de las relaciones más estrechas entre el Gobierno, el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), el Poder Judicial y los medios de comunicación. Es decir, nunca como ahora los mecanismos de presión han estado tan concentrados y el acceso a la información tan restringida. En el Perú, el derecho de los ciudadanos y de las instituciones por acceder a la información que las entidades estatales están obligadas a brindar es sistemáticamente ignorado.

Hace ya varios años se desarrolló un espacio masivo de comunicaciones que tenía en varios tabloides de colores preferentes y de estética *chicha*, lo que podría calificarse de prensa amarilla. En ese momento, prensa pseudo popular y poder político no pa-

recían tocarse. Sin embargo, cuando fue necesario esa tribuna diaria y masiva pasó a formar parte de la estrategia publicitaria e ideológica del poder político, para mantener la aprobación popular. Junto a imágenes de mujeres desnudas repetidas una y otra vez, los muertos y seres ensangrentados y las historias perversas, un nuevo mensaje vino a ocupar el centro de esa prensa. Mucha letra donde antes no la había; mucha opinión antes aparentemente ausente, aunque en forma de insulto, de infamia y de calumnia política. La llamada prensa chicha se convirtió en uno de los instrumentos más importantes del gobierno autoritario¹⁶, cuya justificación fue, y sigue siendo, el público de menores recursos. A esto se sumó el control a la televisión de señal abierta que cerró las pantallas a imágenes que no fueran las de un gobierno sin fisuras, mayoritario y benéfico con la población, así como una gigantesca campaña publicitaria de todos los organismos del Estado, convirtiendo a éste en el principal anunciante.

Quienes afirman que un sistema de televisión regido por el libre mercado es de por sí una garantía de democracia pueden estar o bien pecando de ingenuos, o bien limitando su apreciación a un plano abstracto y superficial. Las elecciones presidenciales peruanas del año 2000, además de demostrar más bien lo contrario, son un ejemplo de

cómo la comunicación política, lejos de agotarse en el comportamiento de los medios, debe enfocar dos asuntos fundamentales: las condiciones específicas de distribución y ejercicio del poder, y los avatares de la subjetividad política.

Mientras Alberto Fujimori venció al escritor Mario Vargas Llosa en 1990 con escasos recursos y sin acceso a los medios masivos, su candidatura a una segunda reelección ha contado, diez años después, con una maquinaria organizacional y propagandística desplegada desde el Estado con ilimitados recursos.

En los últimos veinte años la audiencia de los medios se ha masificado. En particular la audiencia televisiva ha alcanzado a un 94% de los hogares urbanos del país. Esto ha permitido, por la creciente cobertura geográfica, que los medios se conviertan en el espacio de difusión informativa más importante. Se debilitan las redes de información, la actividad política organizada y de cooperación mutua, lo que permite el ingreso a la escena política al *independiente*, vale decir al liderazgo individualizado y plasmado en discurso mediante pactos directos con los dueños de los canales y el concurso de expertos en comunicaciones.

Javier Protzel aporta señalando que «la fragilización de los lazos orgánicos de solidari-

dad que mantenían vivas a las estrategias colectivas de progreso llevan a la búsqueda del éxito material rápido, a falta de alternativas ofrecidas por el mercado. La lucha por la sobrevivencia se identifica con las ideas de eficacia y rentabilidad como criterios absolutos de comportamiento. Así, la opción pragmática por sobrevivir y el pragmatismo político-electoral del fujimorismo vienen a ser las dos caras de la misma moneda. Por ello, el éxito de Fujimori en tres procesos electorales y la alta aprobación de su gestión durante la mayor parte de una década expresan una opción carente de pasión, como un pacto entre dos partes abismalmente diferentes pero convergentes en un interés puntual»¹⁷.

Esto permite destacar que la crisis de los partidos se encuentra asociada al debilitamiento en la *capacidad de organización de la sociedad* y a una primacía de las organizaciones de ayuda que ofrece el Estado. La descomposición política y social y la falta de trabajo producen situaciones de clara dependencia de los ciudadanos más empobrecidos, lo que da un valor superior a las medidas asistencialistas. El estilo político clientelista no tiene sólo un fundamento económico, sino expresa claramente la ausencia de partidos políticos representativos y de una sociedad civil actuante, todo lo cual privilegia el sesgo personalista del poder presidencial. Fujimori siempre

está en una campaña permanente y ubicua en dos espacios que para él son fundamentales: los medios directamente, a través de la publicidad, las entrevistas y reportajes, y como benefactor a través de la inspección o inauguración de obras, acciones todas ellas que conocemos además por los propios medios¹⁸.

Los dueños de los medios de comunicación en el Perú defienden abiertamente el argumento de que los propietarios tienen todo el derecho a tener la línea informativa que quieran. Es decir, que el libre mercado permite elegir y que por lo tanto cada medio informa como mejor le parezca. Sin embargo, si bien la línea editorial es potestad de los dueños, otra cosa muy diferente es prestarse conscientemente a una sistemática manipulación informativa, ocultando deliberadamente ciertos hechos a la opinión pública y deformando otros, a cambio de ciertas ventajas. A lo largo del presente proceso electoral, el principio de responsabilidad social de la prensa y su papel fiscalizador en la actuación de los grupos de poder -económico y político- fue superado por los intereses particulares de empresas de comunicación que buscaban un equilibrio entre sus objetivos y los del gobierno. Su silencio informativo y la apatía fiscalizadora de muchos medios, especialmente de las empresas de televisión de señal abierta, ha sido consecuencia de haber decidido

responder a intereses del poder y no de la sociedad, lo cual incitó a que ciertos sectores de la población, especialmente la juventud, cuestionen y reclamen el papel democrático de los medios de comunicación en aras de la defensa de uno de sus derechos fundamentales: la información¹⁹.

6. Mirando hacia el futuro

En tiempos autoritarios, todo proceso democrático como el que buscamos, así como todo proceso de construcción de ciudadanía -debilitada por cierto- no es sólo un cúmulo de buenas intenciones o de creación de nuevos canales o de formas alternativas. Hay un asunto impostergable y es la necesaria transformación del sentido y formas de la política, y la construcción de instituciones representativas de la acción colectiva. Hoy la ciudadanía demanda lo que las fuerzas del mercado, el universo mediático o los meros cálculos de interés individual o corporativa no pueden dar. No se trata solamente de acceder a ciertos bienes o servicios, sino que en la calidad de estos se encuentra el principio de equidad, acompañado de instancias deliberativas y decisorias. En ese sentido, la política no puede ser sólo instrumental. En medio de la crisis que desde el Estado alcanza a toda la sociedad y a sus instituciones, defender una moral social se convierte en un componente fundamental de la democracia.

Pero además, todo proceso democrático no puede desconocer que éste pasa por los medios de entretenimiento y de información. Es necesario contar con una televisión y con una prensa manejada profesional e independiente como un mecanismo para construir nuevos escenarios de justicia y de igualdad. Es necesario, pues, entrar al gran sistema de medios.

Este planteamiento se enfrenta con muchas limitaciones de las propias elites políticas, con los abismos culturales, étnicos y políticos que asolan mi país. No son asuntos de coyuntura, sino que hay que enfrentarlos con proyección. La democracia no puede fortalecerse sólo desde fuera o porque esté de moda. Es una exigencia económica, es una demanda de los ciudadanos que buscan participar más y mejor en la construcción de su futuro. Si el Estado se muestra incapaz para administrar equitativamente los recursos en nuestros países sumergidos en la pobreza, la corrupción, la violencia y el narcotráfico, es el momento para recordar que las instancias primarias e intermedias de formación y desarrollo de ciudadanos tienen que ser fortalecidas y aunarse a este proceso: la familia y la escuela, las municipalidades, los gremios, entre otros. La descentralización y la desconcentración de poder en un país como el Perú, especialmente múltiple en lo geográfico y cultural, requiere alentar oportunidades y expecta-

tivas de todos los ciudadanos por participar en el destino colectivo. La institucionalización y la construcción de la democracia tienen un rostro humano.

NOTAS

1. Romero, Catalina. **Tiempo para meditar y tiempo para organizarse y participar.** En la revista *Páginas* No. 164 del Centro de estudios y publicaciones (CEP). Lima: agosto del 2000.
2. Touraine, Alain. **¿Qué es la democracia?** Uruguay: Fondo de Cultura de Argentina, 1995, pág. 15-16.
3. Garretón, Manuel Antonio. **Individuo y Estado. Notas para su problematización.** Ponencia presentada en el seminario «Individuo y Sociedad en los Andes» organizado por el Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas y CLACSO. Santiago de Chile 21 al 23 de noviembre de 1996.
4. Mouffe, Chantal. **El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical.** Barcelona: Paidós, 1999.
5. Garretón, Manuel Antonio, op.cit.
6. Romero, Catalina. Op.cit.
7. Ibid.
8. Ibid.
9. Hopenhayn, Martín. La aldea global entre la utopía transcultural y el ratio mercantil: paradojas de la globalización cultural». En **Cultura y Globalización**, Degregori, Carlos Iván y Portocarrero, Gonzalo (ed.). Lima, IEP/PUC/UP, 1999.
10. «The Americas: The Andean Autocrats Dig in for the Long Haul, en **The Economist**, vol.251, No.8156, Londres, 5 de febrero del 2000. Citado por Fowks, Jacqueline. **Suma y Resta de la Realidad. Medios de comunicación y elecciones generales 2000 en el Perú.** Lima: Freidrich Ebert Stiftung, 2000.
11. Campodónico, Humberto. ¡Ampay! Gobiernos dictatoriales para administrar la pobreza. En Revista **QUEHACER** No.24, Lima, mayo-junio del 2000, pág. 6-11.
12. López, Sinesio, **El uso público de la razón contra la fuerza de la dictadura.** En Revista IDEELE No.130, del Instituto de Defensa Legal, agosto del 2000.
13. Versión de la marcha de los 4 suyos distribuida por Internet la mañana del 28 de julio, horas antes de la violencia que se desencadenó en Lima y de los lamentables incidentes.
14. Quijano, Aníbal. **El Fujimorismo, la OEA y el Perú CARICATURA DE DEMOCRACIA.** En el diario La República del domingo 16 de julio del 2000.
15. Fowks, Jacqueline. **SUMA Y RESTA de la realidad.** Op.cit.
16. Glave, Luis Miguel. **A mal tiempo buena cara.** Revista IDEELE No.130, del Instituto de Defensa Legal, agosto del 2000.
17. Protzel, Javier. **La Jaula de Cristal: autoritarismo y televisión en el Perú.** Universidad de Lima: 1999.
18. Ibid.
19. Fowks, Jacqueline. Op.cit.